

UN ARPA

1962. Atravesaremos el territorio del huizache, del guamúchil, del tepamé y del mezquite, que soltarán su aroma mientras sudamos el tiempo de andanza, para hablar en algún código que desconocemos porque no es para nosotros; lenguaje abrazador que escuchamos desde las tonalidades aromáticas. Iremos así, caminando, porque los niños lo habrán pedido. Imaginan la carcajada que suelta el agua al tocar la superficie, después de las rocas, en la cascada. Correrán quitándose la ropa que puedan, levantando las rodillas como señalando algo allá arriba. Encontraremos la ribera, nadaremos antes de ir al encuentro de ese caer eterno del río Santiago, en cuyo afluente se tejen los sonidos del tiempo. Dicen que si pones atención, aún se escuchan voces, en un tono bajito, escondidas entre el chapoteo del agua. Las niñas van a convencernos de que pasemos allí la noche; quieren prender una fogata, que nos quedemos a cantar y a bailar. Sobre todo querrán que en la penumbra contemos historias de fantasmas. Vamos a platicarles de pesca y nado, de estrellas que señalan en qué época del año estamos o donde estamos sentados. Y en ese momento todo será escucha y cansancio. Ensoñación.

1965. Mañana un banco de peces verá la luz del día reflejada sobre sus costados al aire; una familia de lirios tomará por completo el estero de San José; al viejo arroyo que atraviesa nuestros ranchos empezaran a llamarlo Arroyo Seco.

1987. Si hay una forma de volver a la memoria dérmica y ósea, volver al idioma del agua, en esa brecha tendremos que andar. Los ríos marcan la dimensión del mundo: son ruta y frontera,

trazo cristalino que corre persistente en distintas direcciones pero que es susceptible a nuestros pasos. La ribera es el territorio que se honra pero también es cicatriz. Con suerte habrá frecuencias para fortalecer raíces, para estimular la fotosíntesis, para mitigar el estrés, para germinar.

2024. Durante el otoño y el invierno venidero construiremos un instrumento de agua. Será un concierto para sembrar vida, se activará con la presencia de quienes lo observan: el cuidado del agua sucede en colectivo. Es un dispositivo musical pero también un método de traducción que no busca descifrar mensajes, sino hacerlos reverberar. La única manera que tenemos de comprender un lenguaje ajeno es a través de su vibración en el cuerpo. Instrumento para tocarse en plural, interespecie. Arpa cuyas cuerdas de agua, sostenidas por la gravedad, se afinan gracias al encuentro.

Inicio de la temporada acuariana. La caída es también un suceso para celebrar. En nuestro artefacto la consecuencia de esa fuerza será un canto, un pulso profundo al que podemos invocar como el recuerdo de una lluvia apabullante. Una comunidad vegetal escuchará. Si tenemos preguntas esa será nuestra respuesta: los tejidos hídricos son nuestros testigos. 2025. Tenemos distintos nombres. Leslie, Salvia, Bromelia, Agave, Peperomia, Federico, Julio, Ana, Zazil, Lorena, Agastache. Venimos a hablar y a escuchar. Somos parte de una trama hidrosocial. Una parte minúscula, apenas moléculas. Llegaremos a un mismo sitio al que nos han

conducido varios senderos con particularidades que nos conmueven y conmocionan. Abren dudas sobre la posibilidad de encontrar saberes y lenguajes de nuestro tiempo, batientes para que la vida persevere.

Ciudad de México, Jalisco. Muchas de nosotras pasamos por el río Lerma, el río Bravo, el Arroyo Seco, el río Santiago, el Quelele, el Magdalena para llegar aquí. Venimos cargadas de un registro afectivo, como las aguas, ese espacio donde el contacto íntimo es político. El arte trabaja no solo desde un frente simbólico, sino a través de su dimensión social, corporal y metabólica. Nos mueve el deseo de revelar la información agazapada entre la suela de un zapato y el crujiir de la tierra, en el bailar que atisba entre los ecosistemas vivos. Porque cuidar las aguas cercanas es cuidar a las que parecen estar más lejos y a las que llevamos dentro. Ensayemos procesos que afecten imaginarios y otras formas de vida. Si consideramos cualquier expresión estética como un espacio de negociación y de articulación cultural colectiva, ¿podríamos, quizás, (re)habilitar vocabularios necesarios para la construcción de nuevos futuros-presentes, de mundos que están aún por suceder?

—Lorena Peña Brito (Invierno del 2024–2025)